

# UNA NOVELA AUTOSUFICIENTE

José Manuel Caballero Bonald

Poeta. Premio Cervantes 2012

Ya no es frecuente plantear una novela como lo ha hecho Joaquín Pérez Azástre en *Los nadadores* (Anagrama, Barcelona, 2012). En unos tiempos en que la literatura ha ido mostrando una acusada desviación hacia la banalidad o hacia el desdén por cualquier tentativa de avanzada exploratoria, la aparición de una novela como la que ahora me ocupa supone sin duda un episodio por lo menos relevante. Pienso que tampoco va a resultar cómodo para los comentaristas al uso familiarizarse con las claves de un texto tan nutrido de sugerencias temáticas y tan enraizado en su propio espacio simbólico.

Un poco a contracorriente de la más frecuentada tradición realista o naturalista, *Los nadadores* ha elegido el riesgo de la independencia, o del aprovechamiento del simbolismo como invitación al ejercicio de una saludable libertad creadora. Confieso mi creciente predilección por esa literatura que se organiza denodadamente a partir de un sistema poético de muy sutiles registros imaginativos. La capacidad indagatoria del autor en los entresijos de la experiencia es de una innegable lucidez. Los hechos descritos parecen ir confluyendo en un fondo enigmático, inquietante por momentos, del que irradian como una penumbra que se va acumulando sobre las pautas habituales de la realidad.

El hecho de que Pérez Azástre sea uno de los poetas más eminentes de su generación —la de los nacidos aproximadamente cuando murió

Franco—, explica en cierto modo la brillantez de su prosa. Ya se sabe que el cultivo de la poesía es una inmejorable enseñanza previa para abordar cualquier proyecto narrativo. La adjetivación impecable, los hábitos sintácticos, los condimentos metafóricos, remiten sin duda a unos modales expresivos no muy alejados de ciertos trámites poéticos. No quiero decir ni mucho menos que *Los nadadores* sea una novela lírica sino que en el trasfondo de la prosa persevera, por así decirlo, una tonalidad que debe algo a los aparejos de la poesía. Y que es su autor quien ha optado por no olvidar, mientras redactaba esta novela, sus primeros exigentes registros poéticos.

El despliegue argumental se ciñe a una serie de experiencias más o menos provenientes de la vida cotidiana. Pero, a medida que progresa el texto, todo se va a ir modificando de acuerdo con unos episodios aparentemente simples, pero cuya reiteración acaba volviéndolos turbadores. El caos empieza a rondar el orden. La desaparición paulatina de personas del entorno del protagonista propicia un acumulativo desorden argumental. ¿Qué ocurre, pueden llegar a preguntarse juntamente el lector y el protagonista? En términos precisos, nada había prever a ciencia cierta lo que está finalmente sucediendo. Todo lo que había pertenecido a la realidad se desentende de ella gradualmente y va desplazándose hacia el oscuro vórtice de lo irracional. La lógica acaba siendo anulada por la acción subrepticia del absurdo.

El texto de *Los nadadores* está ciertamente abastecido de unos poderosos nutrientes literarios. Su más acabada significación depende de su escritura. El esmero, la pulcritud, la lucidez, han posibilitado el funcionamiento de una prosa de impecable eficiencia. No me resisto a sugerir la muy manoseada tesis de que el tema de la novela es preferentemente la calidad de su escritura. Luego, en otra franja estilística, queda el desarrollo de la acción. De una acción más bien simplificada en un principio y poco a poco sometida a una compleja y morosa disección argumental. La natación es aquí una referencia simbólica que ocupa todo el espacio narrativo y articula en cierto modo la temática al flujo poético del lenguaje. El hecho de que el protagonista acuda con regularidad maníaca a una piscina situada bien lejos de la casa en que vive, establece como un extraño vínculo entre la realidad y sus presuntas equivalencias simbólicas.

*Los nadadores*, como tal artefacto narrativo, propone una ruta singular en la generación de Pérez Azástre, y anticipa en cierto modo el futuro de una novela que rehúye adecuadamente el contagio de todo realismo de vuelo rasante y tiende a valerse de su propia autosuficiencia ■